

Arturo Guillén, Monika Meireles, Antonio Mendoza y Matari Pierre, *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*

Por Samara Michelle Rodríguez Saavedra*

Desde inicios de la década de 1980 y hasta el presente, las crisis en América Latina han sido recurrentes y, de cierta forma, se han “normalizado”. En los medios de comunicación se habla del estancamiento económico, el bajo crecimiento de los salarios, altas tasas de desempleo, o que por mucho que se planee e implemente una política económica procíclica o anticíclica,¹ ésta no es suficiente y no tiene el impacto esperado ni cercano al nivel de respuesta que tendría si se aplicara en países más avanzados. Estos problemas y muchos otros nos hacen preguntarnos: ¿por qué existe esa brecha entre el desarrollo de América Latina y el resto del mundo? ¿Acaso algún día creceremos al mismo nivel que ellos?

Este tipo de cuestionamientos son los que impulsaron la publicación del libro *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*. A partir de preguntas similares, los autores se cuestionan sobre el proceso de desarrollo económico de América Latina. Cabe señalar que no existe una respuesta única. Con el paso del tiempo y en escenarios particulares, se han construido diversas teorías del desarrollo que son explicadas a través de un análisis histórico-crítico en cada capítulo. El libro nos muestra que el interés por el desarrollo económico no es un fenómeno reciente. En realidad, comenzó con la reconstrucción económica al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Pero fueron las crisis de la década de los ochenta cuando cobra relevancia la historia económica y la historia del pensamiento económico para poder explicar por qué la teoría económica tradicional no era equiparable con los fenómenos económicos de América Latina. Además, el libro remarca en todo momento la importancia de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) como una institución que impulsó la creación de la teoría desarrollista.

* Economista. Especialista en Historia Económica por la Facultad de Economía de la UNAM. Estudiante de la maestría en Demografía en El Colegio de México. Líneas de investigación: historia monetaria, historia fiscal y bancaria en el siglo xx. E-mail: saavedra.samara30@gmail.com

¹ La teoría económica actual explica que dependiendo del escenario que se presente, existen ciertos ajustes macroeconómicos para hacer frente al problema. Algunos más restrictivos que otros.

Bajo este contexto, propongo al lector tomar como referencia las siguientes preguntas que permiten comprender la forma de cuestionarse de los autores y el planteamiento del problema que proponen: ¿por qué la teoría económica no es equiparable ni tan funcional en América Latina como en el resto del mundo?, ¿por qué no puede aplicarse de la misma manera que en los países más avanzados? A partir de esta problemática, los autores analizan el origen y la trayectoria de cuatro teorías del desarrollo que han surgido entre los siglos xx y xxi: la teoría marxista de la dependencia, el estructuralismo, el neodesarrollismo y, más recientemente, el posdesarrollismo.

Desarrollo: la importancia del análisis historiográfico para las teorías del desarrollo

A lo largo de todo el libro, los autores remarcan la importancia del análisis historiográfico para comprender que el pensamiento económico no es único. Es muy importante que tengamos presente esto, pues el enfoque de cada teoría del desarrollo se va modificando conforme al proceso y hechos que se viven. Los autores muestran de una forma atinada, aunque a primera vista complicada, el proceso que se sigue para la construcción de una nueva teoría. Este es uno de los principales objetivos de cada capítulo, donde se presentan las cuatro teorías mencionadas, a partir de su contexto histórico. Es importante que el lector sepa que la historiografía va más allá de técnicas que se emplean para delimitar el espacio, el tiempo, la metodología, etcétera. Por ello me parece pertinente hacer un recorrido por el proceso de análisis historiográfico que se sigue en cada capítulo del libro.²

En primer lugar, los teóricos deben comprender, lo más claro posible, el fenómeno histórico. En este sentido, la primera parte de cada capítulo muestra el contexto histórico y las problemáticas particulares que se enfrentaban en América Latina en periodos específicos de tiempo.³ Para ello se recurre al análisis de trabajos de diversos teóricos a los que se les hace una crítica exhaustiva pero muy acertada. Además, se analizan algunas fuentes –primarias y secundarias– que también deben ser sometidas a la crítica. Incluso las vivencias personales de cada autor y, para este caso, de cada país, también son relevantes para comprender el porqué de las decisiones que se tomaron. Es muy importante no olvidar que no debemos criticar el pasado con ojos del presente.

² Cabe señalar que el proceso historiográfico que sigue un investigador nunca es igual. Tampoco la metodología que implementa. Sin embargo, es importante hacer énfasis en este tipo de aspectos para tener una mayor comprensión de la teoría que se desarrolla y el porqué de las variables a las que se les da mayor relevancia.

³ Los teóricos del desarrollo en América Latina son reconocidos por no centrarse solamente en las variables económicas, ya que también realizan un análisis multidisciplinario que toma en cuenta el contexto social y político de cada país.

Después de comprender el contexto, lo que se busca es simplificar y conceptualizar el fenómeno de la forma más realista posible. Esta no ha sido una tarea sencilla para los teóricos del desarrollismo en América Latina, ya que el proceso que vive cada país es particular y no se puede generalizar. Esto es lo que explica que la teoría económica no sea equiparable con el resto del mundo. Por lo tanto, no tendrá el mismo impacto que en países más desarrollados. En este sentido, la conceptualización permite establecer objetivos que se adapten de forma más realista a lo que puede alcanzar cada país. Aunque pareciera ser un proceso sencillo, la realidad nos muestra que a los teóricos les tomó décadas comprender que las diferencias entre los denominados países desarrollados y los subdesarrollados no podían solucionarse con las mismas herramientas.

Finalmente, al lograr la conceptualización del fenómeno económico particular, lo que se busca es tratar de establecer soluciones que no sólo se acoplen de mejor manera al país y periodo específico, sino que realmente tengan un impacto positivo tanto en el crecimiento como en el desarrollo económico regional.⁴ En resumen, el análisis historiográfico del pensamiento económico de cada teoría nos muestra que los intereses en los que se centra una investigación, las problemáticas que aborda y la forma en la que trata de solucionarlas están muy ligados a los desafíos e interrogantes que se desarrollaron en su momento.

Romper la burbuja de la teoría económica clásica

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, uno de los mayores desafíos de la teoría del desarrollo era demostrar que el capitalismo era superior al socialismo. Esto explica el papel tan relevante de las universidades como las principales instituciones prestigiosas generadoras de conocimiento y de las teorías fundadoras, destacando entre ellas, las universidades de Chicago, Harvard y Cambridge. Entre las investigaciones que intentaban explicar la desigualdad económica destaca, por ejemplo, el modelo Heckscher-Ohlin encabezado por Paul Samuelson (2010), que trataba de explicar el comercio internacional con base en las ventajas comparativas. Sin embargo, los teóricos se dieron cuenta de que este tipo de modelos no daba una respuesta acertada en América Latina.

En el primer capítulo, “Industrializar la periferia: la crítica marxista al subdesarrollo”, Matari Pierre analiza, a través de la teoría marxista del subdesarrollo, la manera en que se dio el sesgo entre América Latina y Europa, entre finales del siglo XIX y

⁴ Los autores remarcan de forma atinada que existe una diferencia entre crecimiento y desarrollo económico. El crecimiento económico se enfoca en el aumento cuantitativo de la capacidad productiva de un país pero no necesariamente implica una mejora en el bienestar de la población; por su parte, el desarrollo económico implica cambios cuantitativos y cualitativos para la economía de una forma integral y sostenible.

1982, con base en las relaciones de producción e intercambio. La metodología que sigue es de comparación inductiva, es decir, se parte de una premisa general hasta llegar a una hipótesis particular. Esta teoría tuvo sus orígenes después de 1945, ya que en el periodo de entreguerras se registró el apogeo y declive de los regímenes primario-exportadores, que más adelante permitirían el surgimiento de los modelos de sustitución de importaciones. Pierre plantea que este fenómeno se explica por la *acumulación primitiva en la periferia*, la cual establece una estructura donde los llamados países centrales tenían un mayor desarrollo de sus actividades productivas, a través de las cuales surgió una clase dominante que absorbió a otros países denominados periféricos, lo cual, en el largo plazo, generó dependencia. En otras palabras, esta corriente de pensamiento gira en torno al condicionamiento de la industrialización de la periferia por el imperialismo, que fue un proceso reforzado por el neocolonialismo, que se encargó de concentrar en pocas manos el capital. Finalmente, los “efectos de la inserción al mercado mundial y la penetración del capital extranjero terminaron de establecer la brecha que existía entre los países desarrollados y los subdesarrollados” (p. 28). Uno de los principales teóricos que se retoma en este capítulo es Walter Whitman Rostow, quien planteaba que el desarrollo consiste en la combinación de cinco etapas de crecimiento y de factores multidisciplinarios que componen una economía industrial moderna. En resumen, en este capítulo se plantea que los países subdesarrollados se adaptaron de la mejor manera posible al mercado internacional, lo que es muy diferente a la hipótesis que planteaba que se habían incorporado de forma atrasada.

El segundo capítulo, a cargo de Arturo Guillén, analiza “La teoría estructuralista del desarrollo en América Latina: aportes y enseñanzas”. El estructuralismo tuvo su despegue en dos momentos particulares: el primero se dio con la Gran Depresión de 1929 y más adelante con el Manifiesto de 1949. La interrogante original cuestionaba por qué la teoría monetaria que se estaba aplicando en Europa era incapaz de frenar el aumento de la tasa de interés y la fuga de capitales en América Latina. Según el enfoque estructuralista, las crisis latinoamericanas tenían su origen en el propio modelo de acumulación y no en los factores monetarios o circunstanciales.

Uno de los primeros teóricos del estructuralismo fue Raúl Prebisch, quien afirmaba que al estar conscientes de los límites de la industrialización sustitutiva, era necesaria la intervención activa del Estado en el proceso económico. Por su parte, el teórico Celso Furtado explicaba que los orígenes de la desigualdad en América Latina surgen con las primeras plantaciones de monocultivos, demostrando que el atraso económico no era meramente un fenómeno resultado de una mala implementación de políticas monetarias inadecuadas, sino de un largo proceso histórico.

En la década de 1950 predominaba un enfoque monetarista que apoyaba la intervención activa del Fondo Monetario Internacional para corregir el desequilibrio externo y la inflación. Pero una vez más estos programas, aunque frenaban temporalmente el

desequilibrio en América Latina, provocaban la detención del crecimiento económico. Ante esta problemática surgió uno de los teóricos pioneros del estructuralismo mexicano, Juan Noyola. Su gran aporte fue definir que los desequilibrios fundamentales de la balanza de pagos eran independientes de los movimientos de precios. No se trataba de un desequilibrio monetario, sino de un desequilibrio dinámico ligado al proceso de crecimiento y a la industrialización sustitutiva de importaciones para el desarrollo o al programa de fomento de cada país. También propuso una explicación más cercana y acertada del fenómeno inflacionario de América Latina, el cual está ligado a diversos desequilibrios de carácter real que se manifiestan en forma de aumentos del nivel general de precios. Por ello, propuso dos categorías de inflación: una básica y una de mecanismos de propagación que afectan de forma directa el ingreso real, la demanda y la estructura productiva.

Los estructuralistas proponían entonces que además de la intervención deliberada del Estado en el proceso económico, se requería elevar la tasa de acumulación de capital. Sin embargo, la forma de alcanzar esta última hacia la década de 1950 era depender fundamentalmente del ahorro interno. Para lograrlo se estableció el modelo de sustitución de importaciones, el cual no descartaba aceptar la inversión extranjera directa, pero que fuera complementaria. También se impusieron diversas políticas proteccionistas a la producción interna. En otras palabras, “el esfuerzo de industrialización recayó en la burguesía nacional y el Estado. El estructuralismo latinoamericano fue la primera escuela de desarrollo que rompió con la teoría de la modernización [...] y se deslindó de la monoeconomía” (pp. 149-150).

Sin embargo, el problema que detectaron los estructuralistas fue el surgimiento acelerado de empresas transnacionales, lo que provocó la integración y el dominio de países extranjeros en el proceso y en el capital productivo de la industria nacional que terminó por restarle poder y, en algunos casos, desintegrarla. En otras palabras, todo el desarrollo de las industrias más avanzadas y especializadas se concentró en manos extranjeras. Este modelo no pudo sostenerse por mucho tiempo y, aunque estuvo ligado al ciclo de mayor auge económico para la mayoría de países de América Latina, su declive fue aún mayor, hasta llegar a la crisis de 1983. Esto provocó el abandono de las estrategias de desarrollo hacia adentro e impulsó el establecimiento de economías abiertas sustentadas en la aplicación de políticas macroeconómicas restrictivas y procíclicas, además de la renegociación de la deuda que obligó a fuertes ajustes macroeconómicos y provocó el colapso del crecimiento sin resolver los desequilibrios estructurales. Hacia la década de 1980, los teóricos de la economía ortodoxa no lograban comprender por qué si América Latina había tenido un gran desarrollo económico con el modelo de sustitución de importaciones, éste no pudo sostenerse y había provocado una de las mayores crisis de todos los tiempos. Para dar respuesta a estas problemáticas surgieron las teorías del neoestructuralismo y el neodesarrollismo.

En el capítulo tres, “Neoestructuralismo, neodesarrollismo y socialdesarrollismo: notas a partir de sus similitudes y diferencias”, Monika Meireles explica la gran relevancia de estas teorías que retoman el enfoque histórico estructural y la importancia del papel de la CEPAL, misma que había surgido como una institución burocrática pero que, con el paso del tiempo, se volvió una institución promotora de la creación de teorías de pensamiento económico enfocadas en el desarrollo económico de América Latina. Esto la llevó a consolidarse oficialmente como una consejería técnica y efectiva para proyectos de desarrollo que influyeron en la gestión económica de los países de la región.

Una característica común de las teorías del neoestructuralismo y del neodesarrollismo es que buscan el entendimiento de la realidad económica mediante la reconstrucción histórica de la dinámica de sus estructuras, así como de una continua observación de la realidad económica y social para encontrar algunas generalidades. De estas teorías destaca el trabajo de Fernando Fajnzylber, reconocido por el uso de una metodología descriptiva y comparativa. Dentro de su teoría dividió a los países de América Latina en cuatro categorías para describir sus similitudes y diferencias.

El capítulo tres puede resultar todo un reto ya que compara dos teorías que, bien se señala, no tienen una sola línea de investigación, sino que se abren a diversas brechas. Para ello, el capítulo cuenta con cuadros comparativos que muestran el enfoque desarrollista de cada una de las teorías. A través de dichos cuadros podemos dar una definición más particular de cada una:

- El neodesarrollismo tiene como objetivo lograr un superávit en la balanza comercial, aumentar la producción industrial y reducir el coeficiente de Gini. Para ello, recurre a variables macroeconómicas como un tipo de cambio competitivo y una reforma fiscal progresiva y equilibrada.

Aunque sus objetivos son positivos, el neodesarrollismo tiene varias brechas y críticas, puesto que no todos los países de la periferia se encuentran en condiciones de hacer ciertos ajustes macroeconómicos.

- Por su parte, el socialdesarrollismo, además de los objetivos anteriores, también busca aumentar el mercado interno de consumo y lograr un equilibrio en la balanza comercial. Para ello, se da prioridad a políticas fiscales expansivas, a un mayor uso de la política social, además de brindar herramientas de financiamiento a más personas.

La crítica a la teoría del socialdesarrollismo es que no es dinámica, ya que no se estimula la competitividad externa y con el uso de una política económica y social expansiva, sin ningún mecanismo de retención del nivel de precios, se podría provocar un aumento inflacionario desmedido que termina generando una crisis.

Aunque ambas teorías no dan completa solución a los problemas de América Latina y se alejan un poco de la corriente económica ortodoxa, dieron prioridad a los denominados *cinco precios macroeconómicos*: “la tasa de ganancia, la tasa de interés, el tipo de cambio, los salarios y la inflación”. Estas variables deben trabajarse en conjunto para lograr un crecimiento real en la economía. Sin embargo, no garantizan el desarrollo, por lo que ambas teorías incentivaron la creación de una agenda de políticas macroeconómicas desarrollistas que busca atender el incremento del bienestar para toda la población y no sólo para algunas clases privilegiadas.

Reflexiones finales

La mejor forma de cerrar esta reseña es retomando el último capítulo, “El posdesarrollo: contribuciones y alcances de una crítica al paradigma del desarrollo”, a cargo de Antonio Mendoza. A pesar de que hay un orden cronológico en la exposición de las diversas teorías analizadas, es posible estudiar cada capítulo de manera independiente. El capítulo cuatro hace una crítica a la estructura económica mundial que sirve como reflexión final de las teorías del desarrollo. El autor explica que el posdesarrollismo plantea la hipótesis de que el desarrollo siempre fue injusto, por lo que si existe una ventaja evidente de los países más desarrollados, ésta se refiere “a países o regiones y no a un dado patrón de poder” (p. 291).

En este sentido, el capítulo cuatro nos invita a repensar el desarrollo y revalorar las teorías, pues éste es tratado justamente como continuidad y ruptura dentro del pensamiento económico. La ruptura se encuentra en la crítica a las políticas y metodologías del crecimiento económico, invita a no tomarlo como el factor fundamental de la modernidad económica para cada país. Mientras que las continuidades aparecen como una contribución orientada a la crítica y a los debates sobre los conceptos y posturas políticas de cada teoría. Finalmente, los autores nos invitan a no quedarnos con una sola teoría de pensamiento, sino todo lo contrario. Por lo tanto, se cumple el objetivo del libro de presentar las diversas teorías del desarrollo que han surgido en América Latina, permitiendo al lector comprender de una forma más amplia el contexto histórico que hay detrás de cada teoría, sus bases metodológicas y sus aspectos comparables. Es un libro de lectura obligatoria para incentivar un análisis amplio sobre el pensamiento económico latinoamericano y sobre el problema del desarrollo en la región.

Bibliografía

SAMUELSON, Paul (2010), *Macroeconomía con aplicación a Latinoamérica*, México, McGraw-Hill Interamericana.

Arturo Guillén, Monika Meireles, Antonio Mendoza y Matari Pierre, *Trayectorias y encrucijadas de las teorías del desarrollo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2024, 317 pp.